

pollino, había de permanecer en la tierra o subir al cielo; como , por otra parte, el nombre *pollino* podía designar la cría del asno y la del caballo, no sabiendo si se trataba de un jumentillo o de un potro para que Aquel que era profetizado lo utilizase con el fin de hacerse presente, y como tampoco supiesen si había de ser hijo de Dios o del hombre, dijeron también que Belorofonte, montado en el caballo Pegaso, hombre e hijo de hombres, subió al cielo. Y habiendo oído también que según se había dicho por otro profeta, Isaías, debía El nacer de una Virgen y subir a los cielos por su propis virtud, hicieron que se llamara Pegaso. Igualmente, en cuanto conocieron lo que por los profetas ya citados se dice: “fuerte como un gigante para recorrer el camino”, dijeron que aquel era el fuerte Hércules y que había recorrido toda la tierra. Después, en cuanto supieron que estaba profetizado que el había de curar todas las enfermedades y resucitar a los muertos, inventaron a Esculapio.

55. Pero jamás ni en ninguno de aquellos que se dicen hijos de Júpiter imitaron el suplicio de la Cruz. No les podía esto venir siquiera a la mente, porque, como hemos demostrado, no se dijeron sino por medio de símbolos cuantas cosas se anunciaron sobre ese punto; por lo demás, la Cruz es, como dijo el profeta citado más arriba, el signo principal del poder y del principio del mismo, como se demuestra por las mismas cosas que están a nuestra vista. Mirad, en efecto, con los ojos de la mente las cosas que se encuentran en el mundo [y juzgad] si sin esta figura pueden gobernarse ni unirse entre sí. El mar no se rasga [para navegar] si ese trofeo que se llama la vela no permanece íntegro en la nave. La tierra no es arada sin El; los cavadores no realizan su labor, ni tampoco los artesanos, sino empleando instrumentos que presenten esta figura. Y la figura humana no se diferencia en otra cosa de los animales, destituidos de razón, sino en que está levantada y puede poner las manos extendidas y en que tiene en el rostro la nariz, que se levanta sobre el plano de la frente, la cual sirve al animal para la respiración, y no presenta otra forma que la de la cruz. El profeta también habló de esta forma: “El espíritu ante nuestro rostro es Cristo Señor.”<sup>32</sup> También declaran el valor de esta figura las insignias de vuestras banderas y de vuestros trofeos, con las cuales camináis siempre en público y en las cuales habéis colocado los símbolos de vuestro imperio y de vuestro poder, aunque vosotros no os deis cuenta de ello. Mas aún: consagráis en esta forma las imágenes de los emperadores que mueren entre vosotros y les llamáis dioses en

vuestra inscripciones. Como vosotros, pues, quedáis confortados vigorosamente con las palabras y con la consideración de la figura, tan visible para todos, consideramos que en adelante estamos sin culpa, aunque vosotros permanezcáis incrédulos <sup>33</sup>. Porque lo que en nosotros estaba es absoluto e inmovible.

56. Mas no fue bastante para los malos demonios inventar, antes del advenimiento de Cristo, aquellos hijos que se dicen engendrados por Júpiter; después que Cristo se presentó y habitó entre los hombres en el tiempo y en las circunstancias anunciadas por los profetas, conociendo y sabiendo que en El creía y a El esperaba todo el linaje humano, suscitaron otros, Simón y Menandro, samaritanos, que, haciendo muchos milagros de carácter mágico, engañaron a muchos y todavía los tienen engañados. Pues encontrándose, como ya he dicho. Simón en vuestra imperial ciudad de Roma durante el imperio del César Claudio, de tal manera excitó la admiración del sagrado Senado y del pueblo romano, que fue considerado como Dios y fue honrado con una estatua, al igual que los demás que están entre vosotros son adorados como dioses. Por lo cual rogamos que hagáis conocedores de este humilde libelo al sagrado Senado y al pueblo romano, juntamente con vosotros, para que si alguno está enredado en la doctrina del mismo pueda huir del error una vez conocida la verdad; por lo que hace a la estatua, derribadla si os place <sup>34</sup>.

57. Los perversos demonios no pueden demostrar que no habrá conflagración alguna para el suplicio de los impíos, como tampoco pudieron lograr que el advenimiento de Cristo pasara inadvertido. Pueden, sin embargo, maquinan una sola cosa: que los que viven contra razón y han sido educados viciosamente en perversos instintos y son partidarios de fábulas nos maten y nos aborrezcan, aunque nosotros no sólo no los aborrecemos, sino que además como es bien claro, movido por sentimientos de misericordia, queremos persuadirlos de que deben cambiar de conducta y convertirse. Porque no tememos la muerte, ya que es notorio que no hay más remedio que morir y nada nuevo ocurre en este gobierno de las cosas, sino que se repiten siempre las mismas, cuya saciedad cansa al cabo de un solo año. Deben ellos, por consiguiente, incorporarse a nuestras instituciones para lograr una vida eterna y exenta de todo dolor y libre de toda necesidad. Mas si no creen que hay cosa alguna después de la muerte, y afirman que los que mueren paran en un estado en que no hay sentido alguno, merecen bien de nosotros porque nos libran de los

trabajos e incomodidades de esta vida; pero ellos se muestran perversos, inhumanos y partidarios de falsas doctrinas. Porque no nos matan para libertarnos, sino para privarnos de la vida y de todo goce.

58. Los malos demonios enviaron también, como dijimos, a Marción del Ponto, el cual se atreve a negar aun ahora a Dios, creador de todas las cosas celestiales y terrestres, y a su Hijo Jesucristo, anunciado por los profetas, y en cambio predica un dios distinto del Creador de todas las cosas, e igualmente también otro hijo. Muchos que creen en él como único conocedor de la verdad se burlan de nosotros, sin tener demostración alguna de las cosas que enseñan; neciamente, como corderos robados por el lobo, vienen a convertirse en presa de las perversas opiniones y de los demonios [que las sustentan]. Porque ninguna otra cosa pretenden los demonios, por ninguna otra luchan sino por apartar a los hombres de Dios creador y de su primogénito Jesucristo. Y ciertamente a los que no se pueden levantar del suelo cogieron y cogen con cosas terrenas y hechas por los hombres; mas a aquellos que se levantan a la contemplación de las celestiales, engañan, y si no son de todo juicio y no llevan una vida pura y libre de las perturbaciones del alma, empujan a la impiedad.

59. Debéis tener por entendido que de nuestros doctores, es decir, de la doctrina divulgada por los profetas, está tomado lo que escribió Platón, a saber, que Dios, poniendo orden en la materia informe, hizo el mundo. Oíd, en efecto, lo que en palabras bien explícitas enseñó Moisés, el primero de los profetas, como ya demostramos antes, que es más antiguo que todos los escritores, y por medio del cual el Espíritu profético declara en estas palabras cómo hizo el mundo en el principio y de qué cosas lo hizo: “En el principio hizo Dios el cielo y la tierra. Pero la tierra estaba informe<sup>35</sup> y desordenada y las tinieblas [se cernían] sobre el abismo y el Espíritu de Dios se movía sobre las aguas. Y dijo dios: “Hágase la luz”, y la luz fue hecha. Así, pues, por la palabra de Dios y de las cosas indicadas por Moisés fue hecho el mundo, según Platón y los que con él opinan y según nosotros mismos hemos aprendido; vosotros mismos lo podéis conocer también. Y por lo que hace al *erebo*, como los poetas le llaman, también sabemos que primeramente fue enseñado por Moisés.

60. También tomó Platón de Moisés lo que en el *Timeo* se investiga con argumentos físicos del Hijo de Dios, cuando se dice: “Y lo puso del todo en forma de aspas”. Leemos, en efecto, en los libros de Moisés que cuando los israelitas, que habían salido de Egipto, se



encontraban en el desierto salieron a su encuentro muchos animales venenosos: víboras, áspides y serpientes de todas clases, que mataban [a los hombres] del pueblo, y que entonces Moisés, por inspiración y mandato de Dios, tomó bronce y con él hizo la imagen de la Cruz y, puesta ésta en el santo tabernáculo, dijo al pueblo: “Si miráis esta señal y creéis, os salvaréis por ella.” Y escribe que, hecho esto, se acabaron las serpientes y que de esta manera evitó el pueblo su ruina <sup>36</sup>. Habiendo leído Platón estas palabras, y no habiéndolas entendido bien por no haberse fijado en la figura de la cruz y haber creído que se trataba de unas aspás, dijo que otra Virtud superior al primer dios había tomado en el universo la forma de aspás. Y el que Platón llama tercer [principio] se derivó de que, como dijimos más arriba, había leído en Moisés que el Espíritu se movía sobre las aguas. Porque asigna el segundo lugar al Verbo de Dios, que dice está aspado en el universo, y atribuye el tercero al Espíritu, que se movía sobre las aguas según estas palabras: “Mas la tercera en torno del tercero” <sup>37</sup>. Oíd ahora cómo el Espíritu Santo predijo, por medio de Moisés, que tenía que venir una conflagración. Así habla, en efecto: “Descenderá el fuego siempre vivo y devorará hasta el profundo abismo”. No opinamos, pues, nosotros lo mismo que los otros; pero todos los demás hablan imitándonos a nosotros. Cosa notable es que entre nosotros se siga y aprenda de aquellos que no conocen siquiera las figuras de las letras, hombre ignorantes y bárbaros por su lengua, pero sabios y fieles en su inteligencia, algunos de los cuales son débiles y de rostro desfigurado.

# **PRIMERA APOLOGIA**

## **TERCERA PARTE**

### **Los misterios cristianos**

61. Vamos a exponer ahora cómo nosotros nos hemos renovado y consagrado a Dios por medio de Cristo; así no se nos podrá decir que exponemos la doctrina deficientemente, como de omitir esto se nos diría tal vez. Todos los que estuvieren convencidos de que son verdaderas las cosas que enseñamos y decimos y así lo creyesen y se considerasen con fuerza para vivir de esta manera, éstos aprendan a orar y a pedir a Dios por medio del ayuno el perdón de sus pecados anteriores, mientras nosotros rogamos y ayunamos juntamente con ellos. Después son conducidos por nosotros a un lugar en donde hay agua, y allí son regenerados del mismo modo que fuimos regenerados nosotros. Porque entonces reciben el lavatorio por el agua en el nombre del Padre de todos y del Señor Dios y Salvador, nuestro Jesucristo, y del Espíritu Santo. Cristo dijo, en efecto: "Si no fuereis regenerados no entraréis en el reino de los cielos." Y a todos es notorio que es imposible que los que ya nacieron vuelvan a entrar en los senos maternos. También fue explicado, según dijimos arriba, por el profeta Isaías de qué modo se han de purificar del pecado los que pecaron y hacen penitencia. Porque habló en esta forma: "Lavaos, permaneced limpios, arrancad de vuestras almas los males, aprended a hacer el bien y a administrar justicia al huérfano; amparad a la viuda y venid y discutamos, dice el Señor. Y si fueren vuestros pecados como la grana, los haré blancos como la lana, y si fueren rojos como el carmesí, los tornaré como la blanca nieve. Pero si no me escucharéis, la espada os devorará. Porque los labios del Señor han hablado estas cosas." Y de los Apóstoles hemos recibido la siguiente razón de todo esto. Puesto que nuestra primera generación ha sido obra de nuestros padres y por ellos hemos sido engendrados sin saberlo y por necesidad mediante una húmeda semilla y el contacto de ambos padres; puesto que hemos sido educados en malas costumbres y perversos instintos, par no continuar siendo hijos de la necesidad y de la igno-

minia, sino de la elección y de la ciencia, así como para recibir por medio del agua el perdón de los pecados que anteriormente cometimos, se pronuncia sobre aquel que quiere ser regenerado y ha hecho penitencia de sus pecados el nombre del Padre de todos, Señor Dios, y este sólo nombre empleamos cuando lo llevamos a la fuente bautismal para ser bautizado. No hay nadie, en efecto, que pueda señalar nombre a Dios, que es inefable, y si alguno dijera que Dios tiene un nombre deliraría del todo. Y aquel lavatorio se llama iluminación, porque son iluminados en la mente los que aprenden estas cosas. Pero el que es iluminado es bautizado también en el nombre de Jesucristo, que fue crucificado bajo Poncio Pilato, y en el nombre del Espíritu Santo, que por medio de los profetas anunció de antemano todas las cosas que se refieren a Jesús.

62. Y como los demonios hubiesen oído este bautismo predicado por el profeta, ordenaron que cuantos entrasen en los templos de los mismos a suplicarles y ofrecerles libaciones y gorduras [de animales] se purificasen rociándose con agua; también hacen otra cosa, y es que lavan completamente a los que marchan antes que lleguen a los templos en que los mismos demonios están colocados. [Otra circunstancia], la de mandar los sacerdotes que se quiten el calzado todos los que entraren en los templos y veneren a los demonios con los mismos [actos], se debe a que los demonios han imitado lo que aconteció con el ya mencionado profeta Moisés. Porque Jesucristo nuestro [Señor], en forma de fuego, se apareció a Moisés, que apacentaba en Arabia las ovejas de su tío materno, y a quien mandó que bajase a Egipto y sacase de allí al pueblo de Israel, que allí habitaba. Entonces le dijo: “Quítate tu calzado y, acercándote, oye.” Entonces él, acercándose, oyó que tenía que bajar a Egipto y que había de ser jefe del pueblo de Israel al salir éste de aquella tierra en la cual habitaba. Y habiendo recibido de Cristo, que en forma de fuego había hablado con él, bajó y sacó al pueblo después de haber realizado grandes y admirables prodigios, que podréis estudiar cuidadosamente en sus libros si lo deseáis<sup>38</sup>.

63. Todos los judíos reconocen hasta ahora que el Dios que carece de nombre habló con Moisés. Por lo cual el Espíritu Santo, increpándoles por medio del mencionado profeta Isaías, habla en esta forma, según ya lo hemos dicho: “Conoció el buey a su dueño y el asno el pesebre de su amo, pero Israel no me conoció y el pueblo no me comprendió.” Y Jesucristo, arguyéndoles porque no habían conocido



qué era el Padre ni qué el Hijo, habló también así: “Nadie conoce al Padre sino al Hijo, ni al Hijo sino al Padre y aquel a quien el Hijo lo quisiera revelar.”<sup>39</sup> Pero el Verbo de Dios es su Hijo, como ya hemos dicho. Es llamado también Angel y Apóstol, porque anuncia todas las cosas que deben conocerse, y es enviado para que indique todas las cosas que se anuncian, como el mismo Señor nuestro dice: “El que me oye, oye a Aquel que me envió”.<sup>40</sup> Y esto ciertamente apareció por los escritos de Moisés, en los cuales leemos estas palabras: “Y habló a Moisés el Angel de Dios en llama de fuego desde la zarza, y dijo: Yo soy el que soy, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob, el Dios de tus padres, Baja a Egipto y saca a mi pueblo.” Mas las cosas siguen podéis conocer, si queréis, por los mismos libros, porque aquí no podemos escribirlo todo. Y hemos dicho estas cosas con el fin de demostrar que Jesucristo es el Hijo de Dios y el Apóstol de Dios, el cual, siendo ante el Verbo y habiéndose dejado ver, bien en forma de fuego, bien en imagen incorpórea, habiéndose hecho ahora hombre por el humano linaje para cumplir la voluntad del Padre, se dignó también padecer todas las cosas que los insensatos judíos maquinaron por impulso de los demonios. Los cuales ténganlo por mencionado con su nombre en los comentarios de Moisés: “Y habló el Angel de Dios con fuego de llama, y dijo: Yo soy el que soy, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob.” Ellos afirman que el Padre y Creador de todas las cosas dijo estas palabras; por eso el Espíritu profético, increpándolos, dijo: “Pero Israel no me conoció y mi pueblo no me comprendió.” Y de nuevo Jesús, como hemos dicho, estando con ellos dijo: “Nadie conoce al Padre sino el Hijo ni al Hijo sino el Padre y aquel a quien el Hijo quisiera revelarlo. Así, pues, los judíos, que siempre juzgaron que el Padre de todos había hablado con Moisés, siendo el que habló el Hijo de Dios, que es llamado Angel y Apóstol, con razón son acusados por el Espíritu profético y por el mismo Cristo de que no conocieron ni al Padre ni al Hijo. Porque los que dicen que el Padre es el Hijo, éstos son acusados de que ni conocen al Padre ni conocen que el Hijo es para el Padre de todos. Porque siendo el Verbo el primogénito de Dios, es también Dios. Y primeramente, como ya hemos dicho, se apareció a Moisés y a los profetas en figura de fuego y en imagen incorpórea; mas ahora, en los tiempos de vuestro imperio, hecho hombre, como ya hemos dicho, [en las entrañas] de la Virgen, conforme a la voluntad del Padre, por la salvación de aquellos que creen en El



toleró el ser tenido en nada y el padecer [corporalmente], para vencer a la muerte por su muerte y resurrección. Mas lo que desde la zarza fue dicho a Moisés: “Yo soy el que soy, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob, y el Dios de tus padres”, es una prueba de que subsisten éstos aun después de la muerte y que son hombres [fieles] de Dios. Porque fueron éstos los primeros que entre todos los hombres buscaron a Dios: Abraham, que fue padre de Isaac, e Isaac, de Jacob, como escribió Moisés.

64. Sobre las fuentes de las aguas erigió [la gentilidad] la imagen de la que llamaron *joven hermosa*; también esto se hizo por impulso de los demonios, que dijeron que ella era hija de Júpiter e imitaron las palabras de Moisés. Que así sucedió lo podéis conocer por lo ya dicho. Porque Moisés, como más arriba decimos, habló así: “en el principio creó Dios el cielo y la tierra. Mas la tierra estaba informe y desordenada y el Espíritu de Dios se movía sobre las aguas”. A imitación, pues, de aquel Espíritu Divino, de quien se dijo que se movía sobre las aguas, llamaron a Proserpina hija de Júpiter. Y con igual maldad dijeron que Minerva había sido engendrada por Júpiter, mas no por coito, porque habiendo conocido que el mundo fue hecho por Dios mediante el Verbo, después de haberlo pensado y considerado, llamaron Minerva a la primera noción o idea. Mas a nosotros parece sumamente ridículo emplear la forma de una mujer para expresar la primera noción. De igual manera los hechos acusan a los demás que se llaman hijos de Júpiter <sup>41</sup>.

65. Pero nosotros, después de haber bautizado al que confesó su fe y la aceptación de nuestra doctrina, lo llevamos a aquellos que se llaman hermanos, donde ellos están reunidos, con el fin de hacer muy de propósito comunes oraciones por nosotros mismos, por aquel que acaba de ser iluminado [por el bautismo] y por todos los demás que se encuentran en todas partes, para que, habiendo logrado el conocimiento de la verdad, seamos también enriquecidos con la gracia de que, llevando por nuestras obras una vida recta, vengamos a ser cumplidores de los [divinos] preceptos y mediante esto consigamos la eterna salvación. Mutuamente nos saludamos con el beso [fraternal] cuando hemos terminado de orar. Después se presenta el pan a aquel que preside a los hermanos, y al mismo tiempo, el cáliz del agua y del vino. Recibidas por él estas cosas, da alabanza y gloria al Padre de todos por el nombre del Hijo y del Espíritu Santo y realiza largamente la eucaristía o acción de gracias por aquellos dones que ha recibido.

Después que termina las preces y la acción de gracias, todo el pueblo aclama: *Amén* . Amén, en lengua hebrea, significa lo mismo que *hágase* [o así]. Mas después que el que preside ha terminado las preces y todo el pueblo ha aclamado, los que entre nosotros se llaman diáconos distribuyeron entre los presentes, para que todos y cada uno participen de ellos, el pan, el vino y el agua, y los llevan a los ausentes.

66. Y este alimento es llamado entre nosotros Eucaristía, y a nadie es lícito participar del mismo sino al que crea que son verdaderas las cosas que enseñamos, haya sido lavado con el bautismo ya dicho, para el perdón de los pecados y la regeneración, y viva de la manera que Cristo mandó. Porque no tomamos estas cosas como pan común ni como vino común, sino que, así como Jesucristo, nuestro Salvador, hecho carne por el Verbo de Dios, tuvo carne y sangre para salvarnos, así también hemos recibido por tradición que aquel alimento sobre el cual se ha hecho la acción de gracias por la oración que contiene las palabras del mismo, y con el cual se nutren por conversión nuestra sangre y nuestras carnes, es la carne y la sangre de aquel Jesús encarnado. Porque los apóstoles, en sus comentarios que se llaman Evangelios, enseñaron que así lo había mandado Jesús, a saber, que El, una vez recibido el pan y habiendo dado gracias, dijo: “Haced esto en memoria mía; éste es mi cuerpo”, y que habiendo recibido igualmente el cáliz y dadas gracias, dijo: “Esta es mi sangre”, y que a ellos solos lo entregó. Y para que esto se hiciese también en los misterios de Mithra, los malos demonios, que lo imitaron, lo enseñaron. Porque o sabéis o podéis investigar fácilmente que el cáliz de agua se pone en los misterios de aquel que es iniciado, añadiendo algunas palabras <sup>42</sup>.

67. Desde aquel tiempo siempre hacemos conmemoración de estas cosas, y los que tenemos [bienes] socorremos a todos los necesitados y siempre estamos unidos los unos con los otros. Y en todas las ofrendas alabamos al Creador de todas las cosas por su Hijo Jesucristo y por el Espíritu Santo. Y en el día que se llama del Sol se reúnen en un mismo lugar los que habitan tanto las ciudades como los campos y saben los comentarios de los apóstoles o los escritos de los profetas por el tiempo que se puede. Después, cuando ha terminado el lector, el que preside toma la palabra para amonestar y exhortar a la imitación de cosas tan insignes. Después nos levantamos todos a la vez y elevamos [nuestras] preces; y , como ya hemos dicho, en cuanto

dejamos de orar se traen el pan, el vino y el agua, y el que preside hace con todas sus fuerzas las paces y las acciones de gracias, y el pueblo aclama *Amén*, y la comunicación de los [dones] sobre los cuales han recaído las acciones de gracias se hace por los diáconos a cada uno de los presentes y a los ausentes. Los que abundan [en bienes] y quieren dar a su arbitrio lo que cada uno quiere, y lo que se recoge se deposita en manos del que preside, y él socorre a los huérfanos y a las viudas y a aquellos que, por enfermedad o por otro motivo, se hallan necesitados, como también a los que se encuentran en las cárceles y a los huéspedes que vienen de lejos; en una palabra, toma el cuidado de todos los indigentes. Y en el día del Sol todos nos juntamos, parte porque es el primer día en que Dios, haciendo volver la luz y la materia, creó el mundo, y también porque en ese día Jesucristo nuestro Salvador resucitó de entre los muertos. Lo crucificaron, en efecto, el día anterior al de Saturno, y al día siguiente, o sea el del Sol, apareciéndose a los apóstoles y discípulos, enseñó aquellas cosas que por nuestra parte hemos entregado a vuestra consideración.

68. Tened estas cosas en la debida estimación si os parecen conformes con la razón y la verdad; pero si os parecen bagatelas despreciadlas como bagatelas, mas no decretéis la muerte contra hombres inocentes como contra enemigo [y criminales]. Os anunciamos que no escaparéis del juicio de Dios si permanecéis en la injusticia; nosotros siempre exclamaremos: Hágase lo que a Dios más agrade. Y aunque apoyándonos en la epístola del máximo e ilustrísimo emperador Adriano, vuestro padre, podríamos reclamaros que mandéis celebrar los juicios en la forma que nosotros pedimos, no lo hemos pedido, sin embargo, con mayor empeño porque así había sido dispuesto por Adriano, sino porque sabemos que nosotros pedimos cosas justas, hemos hecho este discurso y esta exposición de nuestras cosas. Hemos añadido también al fin una copia de dicha epístola para que veáis que también en esto decimos la verdad. Dicha copia es como sigue:

### **Epístola de Adriano en favor de los cristianos.**

69. *A Minucio Fundano.* Recibí la carta que me había escrito Serenio Graniano, varón preclarísimo, a quien has sucedido. Me parece que es un asunto que no debe ser descuidado, sino examinado, para que los hombres no sufran perturbación ni se dé a los calumniadores ocasión de delinquir. Así, pues, si personas de vuestra provincia quie-



ren sostener abiertamente su acusación contra los cristianos y la llevan delante del tribunal respondiendo de ella, pueden [los magistrados] recibir esa acusación. Pero de ninguna manera hagan caso de simples peticiones ni de clamores [públicos]. Es mucho más justo que si alguno quiere acusar [en forma], que tú conozcas de aquellas imputaciones. Si, pues, alguno acusa a cristianos determinados y prueba que ellos cometen infracciones de las leyes, ordena [hasta suplicios], según lo reclame la gravedad del delito. Pero, por Hércules, si alguno denuncia calumniosamente, ten cuidado de castigar al denunciante con los suplicios más severos a causa de su perversidad <sup>43</sup>.

### **Epístola de Antonino a la comunidad de Asia.**

70. El emperador César Tito, Elio Adriano, Antonio Augusto Pío, pontífice máximo, adornado quince veces con la potestad tribunicia y tres con la consular, a la comunidad de Asia, salud. Pensaba ciertamente que los dioses cuidarían de que tales hombres no se ocultaran. Porque si pudiesen impondrían penas, mucho más que vosotros, a esos hombres que no quieren adorarlos. A los cuales ciertamente irrogáis vosotros molestias, y los acusáis como si fueran ateos, y les imputáis algunos otros crímenes que no podemos probar. Pero ellos estiman que morir por su Dios vale más que vivir. Ellos triunfan también de vosotros, puesto que renuncian a la vida antes que obedecer los mandatos que queréis imponerles. Respecto a los terremotos que han sucedido y suceden no es decoroso que los recordéis vosotros, que entráis en desesperación cuando llegan. No os podéis comparar con esos hombres, que [en tales momentos] confían mucho más que vosotros en Dios. En tiempos ordinarios parecéis ignorar que existen los dioses, no os cuidáis de sus templos ni tenéis celo alguno por el culto debido a la Divinidad. Por esto aborrecéis a los que honran [a Dios] y los perseguís hasta la muerte. A propósito de estos hombres, ya algunos otros gobernadores de provincia habían escrito a mi divinísimo padre [Adriano]. El les contestó que no hicieran nada contra ellos como no se probara que maquinaban algo contra el Imperio Romano. También a mí me han consultado otros muchos sobre este asunto, y yo les he contestado en el mismo sentido que mi padre. Si, pues, alguno acusa a un cristiano como tal, el acusado sea absuelto de toda imputación, aunque se pruebe que es cristiano; en cambio, el acusador sea castigado <sup>44</sup>.

## **Epístola del emperador Marco al Senado, en la cual atestigua que los cristianos fueron la causa de una victoria.**

71. El emperador César Marco Aurelio Antonio, Germánico Pórtico Sarmático, al pueblo romano y al sagrado Senado, salud. Os he hecho sabedores de la grandeza de mi proyecto <sup>45</sup>, de cuán grandes fueron las ventajas logradas en los confines de Germania, a pesar del peligro en que me encontré, rodeado de enemigos, cuando estando yo cansado, después de larga lucha, me rodearon setenta y cuatro dragones en el espacio de nueve millas en Cornunto. Y estando ya ellos bastante cerca nos lo anunciaron nuestros exploradores, y Pompeyano, maestre de nuestra milicia, mostró lo que ya sabíamos (porque estaba rodeado por una inmensa y ordenada muchedumbre, en tanto que yo tenía conmigo un reducido y heterogéneo ejército de la legión primera, décima, Germica y Ferentarios); es decir, que un ejército inmenso estaba allí, fuerte de novecientos setenta mil hombres. Comparando, pues, a mí mismo y el primero de los míos con la multitud de bárbaros enemigos, decidí pedir ayuda a mis dioses patrios. Mas como ellos no hicieran caso de mí y viera en qué apretado trance se hallaban mis tropas, llamé a los que entre nosotros se llaman cristianos, y habiéndoles preguntado, conocí la muchedumbre y el gran número de los mismos y me indigné contra ellos, lo cual ciertamente no era oportuno, pues luego conocí el poder de los mismos. Mas ellos comenzaron no por observar las flechas o las armas o las trompetas (porque esto les está prohibido por Dios, a quien llevan en su conciencia, y por tanto es verosímil que estos que sospechamos son ateos tienen a Dios habitando espontáneamente en su conciencia y que con la presencia de Dios están robustecidos), sino que, habiéndose echado en tierra, rogaron no solamente por mí, sino por todo el ejército, para que calmase su hambre y su sed. Porque había ya cinco días que no habíamos probado agua por faltar ésta en absoluto. Estábamos, en efecto, en el centro de Germania y en los confines de los enemigos. Y en cuanto ellos se echaron en tierra e invocaron al Dios, a quien yo no conocía, inmediatamente cayó lluvia del cielo, muy fría ciertamente la que cayó en nuestro campo, pero que sobre los enemigos de los romanos se convirtió en granizo de fuego. Y juntamente con la oración se mostró en seguida la presencia de Dios como insuperable e invencible. Comenzando, pues, por aquí, permitiremos a éstos que sean cris-

tianos, pues si contra nosotros piden tales armas podrán conseguir sus deseos. Por lo mismo mando que no sea lícito acusar a un hombre por ser cristiano. Y si hay alguno que acuse a un cristiano sólo por ser cristiano, bastará a éste, si confiesa que lo es, probar que únicamente ha sido acusado por ser cristiano [para obtener la absolución]; mando también que el acusador sea quemado vivo. Y al cristiano que confiese [su Religión] y pruebe que no es acusado de ninguna otra cosa sino de ser cristiano, no obligará el que tiene el gobierno de la provincia apartarse de esta Religión ni le quitará la libertad [para continuar en ella].

Quiero que esta orden mía se confirme por un Senado-consulta y que esta mi constitución se publique en el Foro de Trajano para que pueda ser leída [por todos]. Y el prefecto Verasnio Polión se encargará de enviarla a todas y cada una de las provincias. Y todo el que quiera hacer uso de la misma y poseer una copia de ella podrá tomarla del ejemplar que yo presento para su publicación <sup>46</sup>.

## NOTAS

1. Un buey era para algunos verdadera divinidad, en tanto que para otros era solamente una víctima que se ofrecía a los dioses. Com escribió un poeta, la anguila era para ciertos hombres un gran dios, en tanto que para otros no era sino el más sabroso alimento.

2. El segundo argumento se funda, por una parte, en la inmoralidad de los dioses paganos, y por otra, en la necesidad de un auxilio verdaderamente divino para salir eficazmente, como salieron los cristianos, de estos absurdos y de estas obscenidades. Según Apolodoro, ardió Venus en torpes deseos de Adonis, todavía niña, y lo entregó a Proserpina, la cual lo guardó en un arco y tuvo los mismos deseos que provocaron la enemistad entre ambas diosas. Júpiter arregló la desavenencia distribuyendo la posesión de Adonis por cuatrimestres entre él, Venus y Proserpina.

3. El tercer argumento de San Justino en favor del Cristianismo se toma del hecho de que los paganos persiguen furiosamente al Cristianismo verdadero y dejan el campo libre al Cristianismo desfigurado por los herejes. ¿Por qué, sino porque aquél representa la verdad? La persecución, como obra del demonio, no va más que contra la verdad. Uno de los herejes a quienes los paganos no perseguían era Marción, según el cual el Creador del mundo no es el Sumo Dios. El Sumo Dios no hizo este mundo visible e imperfecto, mas esto no quiere decir que no hubiese creado su mundo: creó el mundo invisible, el mundo de las inteligencias. No sabe San Justino si en los conventículos de los herejes se cometerán los abominables crímenes imputados a los cristianos: sólo sabe que los decretos de persecución no les alcanzan. Es de creer que el libro a que alude estuviera compuesto por el mismo San Justino.



4. En este capítulo insiste San Justino en las abominables liviandades de los gentiles, que llegan a ser nauseabundas y repugnantes. La bestialidad, preparada con toda deliberación; el hecho de recoger niños y niñas para que pronto sean instrumentos de hediondas y abominables prácticas de lujuria; el mezclarse unos y otros sin distinción en ciertas ocasiones con peligro de gravísimos incestos; la voluntaria pérdida de la virilidad para continuar con actos contrarios a la naturaleza y el atribuir tan nefandas prácticas a los dioses, acusan una inmoralidad desenfrenada. Ha suscitado bastantes dificultades el párrafo de San Justino, en que habla de la inversión o destrucción de la luz divina. Lo entendemos en el sentido de que los paganos decían que los cristianos hacían en tinieblas lo mismo que ellos hacían a la luz del día.

5. Según el pensamiento de San Justino, el que niega la Providencia puede proceder así con el disimulado intento de negar la existencia de Dios. Así deben entenderse, al parecer, las palabras *διὰ τεχνῆς*. Otros las entendieron en el sentido de que quien así opinaba venía a negar que la existencia de Dios se demuestre por las obras del mismo Dios. No parece ser éste el sentido genuino.

6. Los paganos no podían admitir que los cristianos vivieran en pureza: esto les parecía humanamente imposible. Y por lo mismo sospechaban que en sus reuniones nocturnas se entregaban a abominables excesos. El joven de que habla San Justino quiso demostrar a los paganos con un argumento demasiado realista y fuerte que él vivía en castidad y como él podían vivir los demás cristianos. No concedida la autorización por el prefecto, siguió viviendo en pureza, contento con el testimonio que le daban sus propia conciencia y la de los demás cristianos, pues de los paganos se podía suponer que continuarán en su antigua mala opinión.

7. No quiere decir San Justino que Adriano hubiera obligado por miedo a sus súbditos a adorar a Antino; de ello no hay la más ligera noticia. No parece verosímil que, aun siendo verdad, recordad aquí tal cosa a Antonino Pío, que tanta veneración mostraba siempre a la memoria de Adriano, su padre adoptivo. Es verdad que el mero recuerdo de Antinoo podía considerarse como un agravio a la memoria de Adriano; pero el hecho era tan público y mencionado por tantos y la alusión, por otra parte, era tan velada, que pudo considerarse tolerable. Lo que San Justino indica es que las gentes comenzaron a adorar a Antinoo con miedo, es decir, con el respeto debido a la divinidad.

8. San Justino comienza aquí a probar su segunda tesis, a saber, la verdad de la Encarnación.

9. Resulta completamente inexplicable el error histórico existente en este capítulo 31. ¿Cómo había de suponer San Justino que la versión alejandrina del Antiguo Testamento es de los tiempos del rey Herodes? Se sabe ciertamente que es mucho más antigua y que se hizo en los tiempos de Tolomeo Filadelfo. ¿Cómo podía ignorarlo San Justino, que, aunque gentil de origen, había nacido en Palestina y conocía perfectamente la historia judía? Por eso ha de suponerse que la equivocación es de los copistas y no del escritor. Para explicar cómo es la equivocación que se introdujo en el texto se han hecho muchas conjeturas. Una de ellas es que en el texto se leía *ἱερεὶ*, y que esta palabra se convirtió en *Ἡρώδης* por copistas ignorantes. Se fundan en que Filón afirma que el príncipe judío a quien Tolomeo Filadelfo envió la embajada era rey y sacerdote. A falta de otra mejor no parece mala la conjetura. Porque suponer que, quemada la antigua biblioteca de Alejandría, Cleopatra pidió a Herodes el mismo favor que a otro príncipe había pedido antes Tolomeo Filadelfo es gratuito e inverosímil.

10. En este largo capítulo 32, hay varias cosas que notar, San Justino llama a Moisés el primer profeta porque fue el primero que escribió sus profecías.

Cita el vaticinio de Jacob en la forma que aparece en la traducción. El Mesías, no es, como en la Vulgata, *el que ha de ser enviado, sino aquel a quien está reservado el reino*.

El Evangelio no dice que estuviese atado a una vid el pollino en el cual cabalgó Jesús para entrar triunfalmente en Jerusalén. No sabemos de dónde habría tomado la noticia el apologista. El mismo San Justino, explicando esta parábola en el *Diálogo con Trifón*, no cita esta circunstancia.

Extraña a algunos que San Justino llame al Verbo *οπερμα*, y en vez de esta palabra quieren leer *πνερμα*. Sin embargo, no hay motivo suficiente para hacer tal corrección.

Indica San Justino que el Verbo es la misma virtud divina que dio sombra a la Virgen.

Junta una profecía de Balaam con otra de Isaías; de aquel es la profecía sobre la estrella de Jacob. Probablemente, como San Justino citaba de memoria, sufrió un descuido y juntó ambas profecías inadvertidamente. En su cronología insegura Justino considera, al parecer, como primer profeta a Adán, cuyas profecías fueron cinco mil años anteriores a Cristo.

11. Quieren Grabe y algunos, otros sustituir aquí el nombre de Moisés por el de Isaías. Pero no parece admisible su opinión. Porque San Justino afirma en este lugar que el Verbo antes de la Encarnación era el primogénito entre todas las cosas, y por tanto, no son aplicables a este lugar las profecías de Isaías sobre el Verbo encarnado y la concepción virginal de Jesús hombre. En cambio, en el diálogo con Trifón (núm. 50), cita San Justino la autoridad de Moisés para probar que Cristo es el primogénito; lo mismo hizo, sin duda, ahora.

12. No alude aquí, al parecer, San Justino a la persona del Hijo de Dios, porque él atribuye siempre la inspiración al Espíritu Santo o profético; habla el apologista en general de la inspiración divina comunicada a los profetas.

13. Sobre el capítulo 35 hay que advertir lo siguiente: Lo que al principio se indica respecto a la oscuridad en que había Cristo de vivir puede entenderse de la vida oculta Jesús, y este parece el sentido más obvio. Marón, sin embargo, no quiere dar a este párrafo tal sentido y afirma que alude a la ignorancia voluntaria y culpable en que respecto a Cristo vivió el pueblo de Israel aun después de la vida pública del mismo y hasta que el Señor conquistó en la Cruz el imperio del mundo. Los judíos no solamente no conocieron a Jesucristo, sino que lo crucificaron; tal es el pensamiento de San Justino según Marón.

Conjeturan algunos que San Justino pasa muy rápidamente de la vida oculta a la crucifixión y que, por tanto, ha desaparecido de este lugar todo lo referente a los milagros y a la predicación de Cristo. Pero de esto trata San Justino en el capítulo 48.

Cuando San Justino escribe que los judíos invitaron a Cristo a juzgar, recuerda libremente la escena del Pretorio descrita en el capítulo XXVII de San Mateo. Y bien se ve que atribuye a Sofonías el vaticinio de Zacarías. Si aquí no hay una errata del copista, hay que reconocer que San Justino escribió la apología bastante deprisa.

He aquí algunas observaciones sobre los capítulos 37 y 38. San Justino indica que dios movía por la inspiración la inteligencia de los profetas.

Entiendo que al citar los escritores greco-latinos no quiere decir solamente que

exponen las opiniones de distintas personas, sino que las introduce en el texto hablando en nombre propio.

Los profetas hablaron en nombre del Padre, en persona del Padre, porque citaron palabras en que el Padre hablaba en primera persona. Otras veces hablaron en nombre del Hijo y aun en nombre del pueblo.

San Justino pone de relieve el alcance moral de las enseñanzas de los profetas.

14. Estas palabras están tomadas del *Hipólito*, de Eurípides, y Cicerón las había traducido elegantemente al latín. Como se ve, San Justino insiste mucho en la facilidad con que los cristianos podían librarse de una mentira de toda persecución. El apologista cita con algún desorden, y de memoria, estos textos del Antiguo Testamento: Isaías, LXV, 2; C, 6; Psal. XXI, 19; III, 6; XXI, 8; Is., II, 3. Del Nuevo cita a Mat., XXVII, 39. Los textos están muy bien escogidos; únicamente falta el capítulo 53 de Isaías, anuncio maravilloso de la Pasión.

15. Este salmo 95 está citado por San Justino con mucha libertad; lo más raro es que faltan aquí algunos trozos, que se citan en el *diálogo con Trifón*. Por eso conjeturan algunos que las alteraciones no se deben al escritor, sino a los copistas.

16. San Justino se equivoca casi en quinientos años al indicar que los vaticinios de David se hicieron mil quinientos años antes de la Pasión de Cristo. Aunque la cronología del Antiguo Testamento es bastante insegura, es algo inverosímil que San Justino se hubiera equivocado tanto.

17. Los textos que aquí alega San Justino son del Deut., XXX, 15 y 19, y de Is., I, 16-20. Por cierto que las palabras del Deuteronomio no fueron dichas por Dios a nuestros primeros padres, sino por Moisés a los israelitas; pero se ve que coinciden en sustancia con la situación y la libertad de elegir en que, según el capítulo XV del Eclesiástico, colocó Dios a nuestros primeros padres.

18. Indudablemente exagera San Justino al decir que los filósofos y poetas paganos tomaron de los profetas hebreos todo lo verdadero que escribieron sobre la inmortalidad del alma, las sanciones de la vida futura y otros asuntos análogos. Pudieron recibirlo de la primitiva tradición por otros conductos; pudieron conocer lo principal por la sola razón. En particular no se ve dependencia literaria del texto que se cita de Platón con respecto a ningún texto de Moisés. Por lo demás, San Justino no encuentra necesidad absoluta sino en que Dios tiene que juzgar a todos los hombres y premiarlos o castigarlos, según sus respectivos merecimientos. Establecido este principio, pueden señalarse los premios y las penas con la previsión de los actos libres de los hombres.

19. La cronología de San Justino, tanto aquí como en otros lugares, es de mera aproximación; por eso no se puede hacer mucho hincapié en los ciento cincuenta años que cita para asegurar que la Apología fue escrita en el año 150 de nuestra era. Que el Verbo es la razón de la cual participamos todos los hombres lo enseña San Justino más de propósito en la II Apología.

20. Los textos que cita de Isaías están tomados del CXVI, 10-12, y I, 7.

21. Is., CLIV, 1-3; V, 20.

22. En esta cita se mezclan trozos tomados de los capítulos 53 y 52 de Isaías.

23. Sigue San Justino citando libremente el capítulo 53 de Isaías, profecía clarísima de la muerte de Cristo. La sepultura de Cristo fue dispuesta entre los malvados, pero de hecho se realizó entre los ricos. Hubiera sido Jesús enterrado entre los ajusticiados si José de Arimatea, hombre rico, no hubiera reclamado su cuerpo para enterrarlo en un sepulcro nuevo.



24. Las palabras relativas a la profecía de la Ascensión están tomadas del salmo XXIII, 7; las relativas a la segunda venida del Señor, que en texto se atribuyen a Jeremías, son de Daniel.

25. Ezeq., XXXVII, 7.

26. Is., LXVI, 24.

27. Con el nombre de Zacarías cita San Justino toda esta profecía, pero parte de ella corresponde a Isaías y otra parte es del mismo San Justino. Es poquísimo lo que está tomado de Zacarías.

28. Esta magnífica profecía se encuentra en el capítulo 54 de Isaías.

29. Is., I, 9.

30. Este texto está tomado no de Isaías, sino de Jeremías, IX, 26. Los gentiles, según el mismo, eran incircuncisos de cuerpo porque conservaban el prepucio; los judíos, en cambio, eran incircuncisos del corazón porque en el corazón conservaban el prepucio que había cortado en el cuerpo. Y el incircunciso de corazón pone más resistencia a la gracia divina que el que sólo es incircunciso de cuerpo. Y aunque San Ireneo indica que resulta más difícil la conversión de los gentiles que la de los judíos, puede esto entenderse en sentido compatible con la vigorosa afirmación de San Justino.

31. Comienzo aquí San Justino a demostrar la tercera parte de su tesis, o sea, que las fábulas de los poetas fueron excogitadas por los demonios para apartar a los hombres de la fe cristiana.

32. El texto está tomado de las Lamentaciones de Jeremías, IV, 20. Es ya de suyo algo oscuro y, por tanto, la aplicación del mismo no puede ser muy clara.

33. San Justino ve la figura de la Cruz, en el cuerpo humano con los brazos extendidos, en el arado que surca la tierra, en las velas que mueven las naves... Estas consideraciones parecen hoy algo pueriles; pero no deben de serlo tanto cuando las empleaba San Justino, porque Tertuliano las volvió a emplear San Justino, porque Tertuliano las volvió a emplear en su Apologética; tal vez por esto no presentaron a ninguno de sus dioses en cruz y, para disminuir esa prevención, podía convenir presentar la figura de la cruz reinando en la naturaleza y en las obras de los hombres.

34. De lo que dice San Justino se desprende que aun en su tiempo tenía importancia la herejía de Simón Mago. El apologista quiere convencer de su error a los discípulos de Simón que aun pudiera haber y pide que sea destruida la estatua que como a dios le consagraron el Senado y el pueblo.

35. Cita San Justino las primeras palabras del Génesis. Y, con arreglo a la versión de los Setenta, escribe que después de la primera creación la tierra estaba *invisible o invisa*. Realmente se quiere decir que la tierra *estaba informe* y que por esa falta de forma, orden y belleza no estaba en condiciones de ser vista. Aunque San Justino alaba a Platón por haber enseñado la formación del mundo por Dios, no por eso está conforme con Platón en otra afirmación del filósofo, es decir, en no atribuir a Dios la primera creación de la materia, sino solamente el orden y la disposición del mundo. Ya indica, en efecto, que Dios formó el mundo de las cosas indicadas por Moisés, es decir, de la materia en forma de que luego se formaron el cielo y la tierra. Claramente atribuye, pues, San Justino a Dios la creación de la materia primitiva.

36. El texto de Moisés es de Num. XXI, 8. Pero la doctrina de Platón no es citada, al parecer, con esmero por San Justino. Platón dijo estas cosas no del Verbo Divino, al cual no conocía, sino del alma del mundo. Y como es natural, no tomó esta

doctrina de Moisés. Por lo demás, San Justino opina que el Verbo está extendido en el mundo a manera de cruz, y por eso censura a Platón, según el cual la Virtud divina —que San Justino interpreta del Verbo— no está extendida en forma de cruz, sino aspada. La cruz que se extiende por las cuatro partes del mundo representa bien la acción iluminadora del Verbo en el mismo. No deja de ser un poco raro que Justino suponga que Moisés hizo con el metal una cruz. De todos modos, hay que entender esta afirmación en el sentido de que Moisés mandó hacer la imagen de la serpiente y una cruz e hizo luego colocar aquella en ésta. Moisés escribe que la serpiente se colocó en la insignia, en la señal, y San Justino supone que la señal no pudo ser sino la de la cruz. Tampoco dice la Escritura que la serpiente hubiese sido puesta en el tabernáculo, pero San Justino lo creyó así. Como se ve, San Justino glosa con bastante libertad el capítulo XXI de los Números.

37. San Justino cita el texto de Platón en esta forma: *τι δε τριτα περα τον πριτον*. En las obras de Platón se lee hoy al revés: *το τριτον περι περι τα πριτα*. Pero Proclo lo cita en la misma forma que San Justino y ello demuestra que así estaba en algunos códices.

38. Cita San Justino el conocido texto del capítulo III del Exodo. No sé por qué motivo supone, con error notorio, que Moisés guardaba las ovejas de su tío materno, siendo así que guardaba las de su suegro. Algunos han conjeturado que confunde a Moisés con Jacob, que guardó las ovejas de su tío materno Labán.

39. Mat., XI, 27. San Justino cita las palabras de Cristo en pretérito, pero en la traducción se ha preferido el presente.

40. Luc., X, 16.

41. Entre todas las doctrinas y prácticas gentiles, que San Justino supone tomadas de la antigua Ley, apenas hay una en que la imitación aparezca tan clara como en la leyenda de Minerva. Lo que de Minerva, salida de la cabeza de Júpiter, dicen los gentiles parece copiado del capítulo VIII de los Proverbios, en que se describen la naturaleza y la acción de la Sabiduría increada. Parece que San Justino debía haber desarrollado más este pensamiento que se limita a indicar.

42. Esta descripción de la misa, la más antigua que tenemos, es muy notable. Notemos en primer lugar que San Justino, aunque escribió en Roma, describe la liturgia oriental de la misa, no la romana. El ósculo se daba en la Iglesia latina inmediatamente antes de la comunión y no inmediatamente después de la oración común, como escribe San Justino. Igualmente, en la Iglesia latina los diáconos no distribuían sino el cáliz, y San Justino los encomienda también la distribución del pan eucarístico. Los cristianos se reunían para asistir al sacrificio de la misa los domingos, no los demás días de la semana; era ya el domingo el día de fiesta para los cristianos. La misa consta de las siguientes partes: la lectura de los libros sagrados; la predicación del que preside —obispo o presbítero—; la oración común de todos los asistentes; las preces y la acción de gracias del que preside para consagrar la Eucaristía —preces y acción de gracias hechas con toda la intención y devoción posibles—; una aclamación estruendosa del pueblo, que saluda la consagración de la Eucaristía, la distribución de ésta entre los presentes y la conducción del pan eucarístico a los ausentes. Los presentes comulgaban; los ausentes, solamente bajo la especie de pan. El obispo o sacerdote tenía probablemente alguna libertad para las preces y la acción de gracias, que no tenían aún una fórmula rígida; pero San Justino dice terminantemente que formaban parte de las preces del sacerdote las mismas palabras pronunciadas por Jesús; la

consagración, por tanto, se hacía en sustancia, lo mismo que hoy. El consagrante daba, sin duda, gracias a Dios por dos cosas: por haber creado el pan y el vino para nuestro sustento y por haber dispuesto que mediante la consagración se cambien estos elementos en el cuerpo y sangre de Jesucristo. Parte integral de este culto del domingo era también la colecta, como expresamente dice San Justino.

43. Este rescripto de Adriano se escribió indudablemente en latín, y en latín lo puso, sin duda, San Justino como apéndice de su Apología. El historiador Eusebio la tradujo al griego. Han impugnado algunos la autenticidad de este documento: a) porque no hacía ninguna falta después de las terminantes instrucciones dadas por Trajano a Plinio; b) porque las frases del mismo *los inocentes perseguidos, los calumniadores que aprovechan las ocasiones para saciar su crueldad* anuncian ya el lenguaje que había de emplear los apologistas; c) porque el lenguaje es vago y flotante: no aparece en la concesión verdaderamente imperial del rescripto de Trajano a Plinio ni el estilo firme de los rescriptos de Adriano contenidos en las Pandectas; d) y lo más grave es que no se sabe lo que quieren decir: después de haberlo leído ignoramos si para condenar a uno bastaba probar que era cristiano o se necesitaba demostrar que había cometido delitos comunes; y e) porque Tertuliano, que tan largamente, comenta el rescripto de Trajano y pocas líneas después menciona a Adriano, nada dice de la carta de éste a Minucio Fundano. No es verosímil que la desconociese ni tampoco que la juzgase indigna de mención.

Estos argumentos no son concluyentes. Aun después del rescripto de Trajano a Plinio podían surgir dudas como éstas. ¿Bastaba la simple denuncia o era necesaria una acusación en forma? ¿Bastaba que un clamor, un tumulto popular presentara ante el Tribunal a un cristiano? ¿Había que castigar al acusador en caso de que resultara la acusación calumniosa, y con qué pena en caso afirmativo? El rescripto de Adriano contesta a estas preguntas. Si el lenguaje y el estilo de este documento son flojos e indecisos, ello prueba no la falsedad, sino la autenticidad del documento, porque sabido es que tal era el carácter personal y el estilo literario de Adriano. Por lo demás los rescriptos solían ser redactados no por los emperadores, sino por los curiales y por eso no puede hacerse mucho hincapié en el estilo de los mismos. Ni los textos de Adriano, conservados en las Pandectas, son suficientes para establecer una comparación. El texto está bastante claro: para condenar a un cristiano hay que probar que infringe las leyes. Pero si no se podía probar otra infracción, se probaría al menos que había infringido la ley fundamental: *christianos esse non licet*. La omisión de Tertuliano no es un argumento decisivo, como no lo son de ordinario los argumentos negativos: Tertuliano no podía mencionar todo.

En cambio prueban la autenticidad: a) la alegación de San Justino, que escribe poco después de la fecha de ese documento. ¿Cómo había el apologista de alegar ante el emperador un documento cuya falsedad constara en la Cancillería imperial?; b) Las circunstancias especiales de este rescripto. Si hubiera sido fingida, a imitación del de Trajano, se conservarían la consulta y al contestación. Mas en este caso se conserva la contestación, pero no la consulta, y la contestación va dirigida no al gobernador que consultó, sino al sucesor del mismo. Esto no es invención de un falsario, sino cosa impuesta por la realidad. c) No se descubre en el rescripto el tono de un amigo discreto o de un abogado simpático de los cristianos, muchos menos el de un apologista vergonzante, sino solamente el de un hombre de Estado romano, aficionado a la justicia y a la severidad del procedimiento. Si en este rescripto hace



Adriano una alusión dura a los calumniadores, más dura era la disposición del mismo emperador por la cual se ordenaba que los que acusaban por testafierros fueran obligados a dar su nombre ante los Tribunales.

44. Siguiendo a Paul Allard me inclino a considerar como apócrifa esta carta de Antonino Pío al Consejo de Asia. Las razones son las siguientes: 1.<sup>a</sup> aunque esta carta suele figurar como apéndice en la primera Apología de San Justino, es cierto que el apologista no la alegó ni siquiera aludió a ella. ¿Cómo se explicaría tal silencio en el caso de ser auténtica esta carta, pues en tal caso no podía menos de serle conocida? Y San Justino, que copia el rescripto a Minucio Fundano, ¡cuánto mejor hubiera copiado esta carta, mucho más favorable a los cristianos y escrita por el mismo emperador al cual se dirigía la Apología! Se dirá que la carta es posterior a la primera Apología; pero en tal caso, ¿cómo no la menciona en la segunda, ya bastantes posterior a la supuesta carta? 2.<sup>a</sup> El lenguaje de esta carta es de desprecio a los dioses del gentilismo, de censura a sus adoradores y de aplauso sincero a los cristianos. ¿Cómo puede concebirse tal lenguaje en un emperador pagano, encargado de defender la religión del Estado? El lenguaje no es de un emperador romano, sino de un apologista. 3.<sup>a</sup> De ser verdadera esta carta, la paz de la Iglesia hubiera venido por medio de ella y, por tanto, más de siglo y medio antes del edicto de Milán. Porque decir que el cristiano no podía ser condenado sólo por ser cristiano, sino solamente por delitos comunes, equivalía a reconocer legalmente que los cristianos eran libres para practicar su Religión. ¿Cómo pues, continuó derramándose la sangre de los cristianos? ¿Cómo la situación legal de éstos no mejoró en los tiempos de Antonino Pío? Es verdad que Eusebio consideró auténtica esta carta, pero el mejor historiador puede equivocarse alguna vez. Lo que sí puede admitirse es que Antonino Pío dictó los rescriptos a los de Larisa, Tesalónica y Atenas, de que hablaba el apologista Melitón. Esos rescriptos se han perdido, pero seguramente estaban inspirados en el mismo espíritu que el dirigido a Minucio Fundano: no se podía consentir que se levantaran movimientos populares contra los cristianos.

45. Los vastos proyectos de Marco Aurelio tendían a defender las fronteras del Danubio contra marconianos, cuados, sícigos, y a incorporar al Imperio la Marcomania y la Sarmacia. La rebelión de Avidio Casio hizo fracasar en parte estos proyectos.

46. Esta Constitución de Marco Aurelio va unida como último apéndice a la primera Apología de San Justino. Claro es que no pudo incorporarse al mismo San Justino, porque murió bastante años antes de publicarse la Constitución. Por lo mismo no nos interesa mucho en un estudio de la Apología de San Justino. Sólo diré que la Constitución es evidentemente apócrifa. Hay para afirmarlo un argumento decisivo. Si esta Constitución fuese auténtica, la persecución contra los cristianos se hubiera extinguido en los últimos años de Marco Aurelio, porque quien así hablaba y tal Constitución promulgaba no podía continuar persiguiendo a los cristianos. Y precisamente la persecución se recrudeció en los últimos años del Imperio de Marco Aurelio. La persecución no terminó en 174, fecha de la guerra contra los cuados, a la cual pertenece este incidente; al contrario, se hizo más cruel. Por su parte, Marco Aurelio, lejos de atribuir a las súplicas de los soldados cristianos la lluvia que salvó al ejército romano en las guerras contra los cuados, la atribuye al final del primer libro de sus *Pensamientos*, a la intervención de los dioses del gentilismo en su favor, y la imagen de Júpiter Pluvius es la única que figura en las medallas y en el bajorrelieve de la

columna Antonina que consagran este recuerdo. Si hubo milagro, Marco Aurelio no lo atribuyó al Dios de los cristianos. Es verdad que Tertuliano, escritor muy próximo a estos acontecimientos, admitió la autenticidad de esa Constitución; pero esto sólo prueba que su espíritu crítico no estaba a la altura de su elocuencia. Además, Tertuliano procedía en este punto con notorio prejuicio: quería demostrar que únicamente los malos emperadores habían perseguido al Cristianismo, y por eso le interesaba probar que Marco Aurelio no debía ser contado entre los enemigos del Cristianismo, sino entre los que lo miraron con simpatía.

## **APOLOGIA SEGUNDA**



1994-1995

13

## **Apología segunda del mismo Justino en favor de los cristianos, dirigida al Senado romano.**

Las cosas que ayer y anteayer acontecieron en vuestra ciudad bajo Urbico, ¡oh romanos!, y las que de igual manera se realizan en todas partes por los jueces contra [toda] razón, me han obligado a componer este discurso por vosotros, que sois de la misma naturaleza que nosotros y que aunque lo desconocáis y no lo queráis, [seducidos] por el esplendor de vuestras dignidades, sancionadas por la ley, sois con todo nuestros hermanos. En todas partes, si alguno es corregido por el padre, por el vecino, por el hijo, por el amigo, por el hermano, por el marido o por la mujer con motivo de algún delito, ése es [el que trae ante los Tribunales a los cristianos], por su amor al deleite y por la resistencia que siempre opone a la virtud. No se exceptúan de esto sino los cristianos mismos, los que afirman que los perversos y lujuriosos serán atormentados con eterno fuego y que, por el contrario, los que practican la virtud y viven imitando la conducta de Cristo irán a vivir con Dios, sin que tengan ya que sufrir dolor alguno; los que se han hecho cristianos deben exceptuarse. Hacen lo mismo los malos demonios, que son enemigos nuestros y que tienen a los jueces [de los cristianos] bajo su poder y adictos a su culto. Unos y otros incitan a los magistrados, como agitados por los demonios, a darnos la muerte. Y para que conozcáis perfectamente todo el asunto tratado bajo Urbico, expondré lo que ha acontecido <sup>1</sup>.

2. Una mujer que antes había sido intemperante vivía con su marido intemperante; pero, después que conoció la doctrina de Cristo, se convirtió a mejor vida y se esforzó por persuadir a su marido a que se convirtiera también. Para ello le exponía la doctrina cristiana y le anunciaba los suplicios que en el fuego eterno han de sufrir los que viven lujuriosamente y contra la recta razón. Mas él, perseverando en

los mismos desórdenes, alejó de sí el afecto de su mujer. Y juzgando la mujer que era impío compartir el lecho en adelante con aquel marido que, contra la ley natural y contra las normas jurídicas, buscaba por todas partes los caminos del placer, quiso apartarse del matrimonio. Pero respetando la autoridad de sus [familiares], que le aconsejaban permanecer todavía en el matrimonio y decían que alguna vez daría, al fin, el marido esperanza de conversión, ella se hizo fuerza a sí misma para permanecer. Mas después que su marido, habiendo marchado a Alejandría, comenzó, según los anuncios, a hacer cosas aún peores, temiendo ella hacerse cómplice de hechos inicuos e impíos si continuaba en el matrimonio y vivía bajo el mismo techo y compartía el mismo lecho, se marchó enviando eso que llamáis repudio. Entonces aquel ilustre y buen varón, debiendo alegrarse de que su mujer, antes entregada al vino y a todo género de vicios y licencias con siervos y mercenarios, ahora estuviese completamente apartada de hacer tales cosas y se empeñase en apartarle también a él de los mismos desórdenes, no se conforma con el repudio y acusa a la divorciada de que es cristiana. Y ella, presentándote un memorial, ¡oh emperador!, rogó que se le permitiera arreglar primeramente las cosas de su casa y prometió que luego contestaría a la acusación. Y tú, emperador, accediste a su petición. Pero el antiguo marido de la misma, que entonces no podía actuar contra ella, dirigió su venganza en esta forma contra cierto Tolomeo, a quien Urbico castigó con el suplicio, y que había sido maestro de la mujer en la doctrina cristiana. Persuadió a cierto centurión, amigo suyo, a que detuviera a Tolomeo para llevarlo a la cárcel y le preguntara únicamente si era cristiano. Entonces Tolomeo, como era amante de la verdad y muy apartado en su ánimo de fraude y mentira, habiendo confesado que era cristiano fue metido en la cárcel por el centurión y mucho tiempo vejado en la cárcel. Llevado, finalmente, a presencia de Urbico, de igual manera fue interrogado únicamente si era cristiano y perfecto conocedor [de sus deberes] por la doctrina que de Cristo había recibido; confesó nuevamente la enseñanza de la verdad divina. Porque quien niega alguna cosa o niega porque convenía aquello mismo [que niega] o, considerándose indigno de ello y apartado de lo mismo, rehuye la confesión: ninguna de estas dos cosas cabe en un verdadero cristiano. Habiendo, pues, Urbico mandado que Tolomeo fuese llevado al suplicio, cierto Lucio, que también era cristiano, viendo un juicio tan contrario a la razón, interpeló así a Urbico: “¿Qué juicio es éste? ¿Por



qué a este hombre, que no es reo de adulterio ni de estupro, ni homicida, ni ladrón, ni raptor, ni convicto de delito alguno, sino solamente confeso de ser cristiano impones una pena? No juzgas, Urbico, como corresponde a un piadoso emperador, ni a un filósofo hijo del César <sup>2</sup>, ni al sacrosanto Senado.” Entonces él, sin responder ninguna otra cosa, habla así a Lucio: “Tú también me pareces de ese linaje de hombres.” Y habiendo respondido Lucio: “En alto grado”, Urbico mandó que igualmente fuera llevado [al suplicio]. Pero él daba también gracias al conocer que iba a ser libertado de estos malvados imperantes para caminar hacia el Rey de los cielos. Un tercero que surgió entonces fue condenado al mismo suplicio.

3. Yo también espero ser objeto de asechanzas por parte de alguno de estos que he mencionado y ser por ello atado al palo, o acaso por ese buscarruidos Crescente, amigo de la ostentación. Porque no es digno ni siquiera del nombre de filósofo, porque afirma públicamente de nosotros cosas que ignora en absoluto, a saber, que los cristianos somos impíos y ateos, y lo dice para dar gusto a la engañada muchedumbre del bajo pueblo. Porque si no habiendo leído la doctrina de Cristo nos persigue, sin embargo, es ciertamente perversísimo y mucho peor que los hombres ignorantes, que frecuentemente tienen cuidado de no hablar de las cosas que ignoran para no dar de ellas un falso testimonio. Y si ha leído no ha entendido la majestad de esta doctrina, o si la ha entendido obra así para que los hombres no sospechen que es cristiano, y en tal caso es mucho más ruin y perverso, porque se deja arrastrar por la opinión indocta del vulgo y por el miedo. Quisiera, no obstante, que supieseis que yo, habiéndole hecho algunas preguntas sobre este asunto, saqué la convicción de que el mismo nada sabe. Y para que se compruebe que yo digo la verdad, estoy dispuesto, si aquellas discusiones no han llegado a vuestras manos, a proponerle de nuevo mis preguntas delante de vosotros. Regia sería ciertamente esta obra. Mas si han llegado a vuestros oídos mis preguntas y las contestaciones del mismo, claramente veréis que él no sabe nada de nuestras cosas. Y si lo sabe y, por miedo a los oyentes, no se atreve, como Sócrates, a hablar, resulta no un filósofo, sino un partidario de leyendas vulgares, puesto que no hace caso de aquel hermosísimo pensamiento de Sócrates: “De ningún modo hay que honrar más el hombre que a la verdad.” Mas no puede el cínico, que constituye el último fin en la indiferencia, buscar otro bien fuera del de la indiferencia.

4. Pero nadie razone en esta forma: con la muerte que os damos, marchaos todos a [vuestro] Dios y no nos perturbéis ya nuestros negocios. Explicaré por qué no hacemos esto y por qué, interrogados, confesamos sin miedo alguno. No en vano hemos aprendido que Dios creó el mundo, sino que lo creó para el humano linaje, y ya hemos dicho que agradan a Dios los que le imitan y que, por el contrario, le desagradan cuantos de obra o de palabra abrazan lo peor. Si, pues, todos nosotros atentamos contra nuestra vida, seremos, en cuanto de nosotros depende, la causa de que ya no se engendren más hombres ni se instruyan en la divina doctrina, más aún, la causa de que desaparezca la humanidad; obraríamos, pues, contra los designios de Dios si hiciéramos tal cosa. Preguntados, no negamos, porque de ninguna obra mala nos creemos culpables, por una parte; creemos, por otra, que es impío no decir en todo la verdad, pues sabemos que el decirla es grato a Dios, y, últimamente, porque os queremos librar de un inicuo prejuicio.

5. Y si alguno asalta este pensamiento, que en manera alguna sucedería, si tuviéramos a Dios en nuestra ayuda, que los malvados, como nosotros decimos, nos oprimieran con su poder y nos impusieran suplicios, también esta dificultad será resuelta por mí. Dios, que creó todo el mundo, habiendo puesto todas las cosas terrenas bajo el poder de los hombres y habiendo preparado los elementos celestes, que, como es notorio, también fueron creados para el hombre con el fin de que sirvieran para el aumento de los frutos y la sucesión de las estaciones, y habiendo establecido esta divina ley, encomendó el cuidado de los hombres y el de las cosas colocadas bajo el cielo a los ángeles, a los cuales puso al frente de esta misión. Mas los ángeles, traspasando el orden establecido, cayeron en deshonestidades con las mujeres y tuvieron por hijos a los que han sido llamados demonios; más adelante sometieron a dura servidumbre a los hombres, en parte con escritos mágicos, en parte con terrores y suplicios que les inferían, en parte con los sacrificios, inciensos y libaciones que les enseñaban, pues comenzaron a necesitar de estas cosas desde que fueron emancipados de las enfermedades de la concupiscencia; finalmente sembraron entre los hombres las muertes, las guerras, los adulterios, los crímenes y toda clase de vicios. De aquí que los poetas y los autores de fábulas [y leyendas], como no conocían a los ángeles ni tenían noticia de que los demonios engendrados por los mismos habían realizado contra hombres y mujeres, contra ciudades y naciones

las cosas que consignaban en los libros, trasladaron todo esto al mismo Dios y a los que, por descendencia, vinieron a ser sus hijos y de los que se llamaban hermanos del mismo, Neptuno y Plutón, y a los hijos de éstos. Y llamaron a todos y cada uno con el nombre que cada uno de los ángeles se había impuesto a sí mismo y había impuesto a sus hijos <sup>3</sup>.

6. Mas ningún nombre ha podido ponerse al Padre de todos, porque es ingénito. Porque cualquiera que sea el nombre que se le imponga, indica prioridad por parte de aquel que impuso el nombre <sup>4</sup>. Y las denominaciones Padre, Dios, Creador, Señor, Dueño, no son verdaderos nombres, sino calificativos derivados de los beneficios del mismo Dios. Y el Hijo [de Dios], que es el único que propiamente se llama Hijo, Verbo antes que fuese creado el mundo, que estaba juntamente con El y fue engendrado, por el cual creó y ordenó desde el principio todas las cosas, este Hijo, lo diré, porque fue ungido y por El adornó Dios todas las cosas, se llama Cristo [Ungido] <sup>5</sup>. Con este nombre se expresa, en verdad, algo incognoscible, como el calificativo de Dios no es un verdadero nombre, sino la opinión natural al hombre sobre una realidad inenarrable. Mas Jesús tiene el nombre de hombre y de Salvador y la realidad significada por esos nombres. Porque, como ya dijimos, se hizo hombre y vino al mundo por medio de un parto, conforme a la voluntad de Dios Padre, para salvación de los hombres creyentes y para ruina de los demonios. Muchos de nuestros [hermanos] cristianos, conjurando por el nombre de Cristo, crucificado bajo Poncio Pilato, sanaron en todo el mundo y en vuestra ciudad a muchos poseídos por el demonio, a quienes no habían podido sanar los demás conjuradores, encantadores y magos; hoy también los sanan, expulsando y venciendo a los demonios que los tiranizan.

7. Por lo cual contiene Dios la confusión e impide la disolución de todo el mundo, con la cual no existirían ya malos ángeles, demonios ni hombres perversos <sup>6</sup>, y obra así por la semilla de los cristianos, los cuales son la causa de que se conserve la naturaleza de las cosas <sup>7</sup>. Porque si no fuera así no podríais vosotros hacer estas cosas ni ser molestados por los malos demonios, sino que el fuego del juicio, bajando [a la tierra] destruiría todas las cosas como antiguamente el diluvio, que a nadie respetó, sino a uno solo con su familia, al cual nosotros llamamos Noé y vosotros llamáis Deucalión, del cual nuevamente se propagó una gran muchedumbre de hombres, parte buenos y parte malos. En esta forma decimos nosotros que habrá en lo futuro



una conflagración, y no como creen los estoicos, de tal modo que todas las cosas se conviertan unas en otras, lo cual parece torpísimo. Porque los hombres no obran ni padecen lo que sobre ellos viene arrastrados por el hado, sino que por su libre albedrío obran bien o pecan; por la acción de los malos demonios son vejados y aherrajados los hombres excelentes, como Sócrates y algunos otros parecidos; por el contrario, Sardanápalo, Epicuro y otros semejantes parecen dichosos en la abundancia y el esplendor de todas las cosas. Y como los estoicos no entendieron bien estas cosas afirmaron que todas las cosas acaecen por necesidad del hado. Mas como Dios creó libre al principio el linaje de los ángeles y el de los hombres, con razón los que pequen sufrirán por sus pecados los suplicios del fuego eterno. Mas la naturaleza de toda cosa creada reclama el ser capaz de la virtud y del vicio; no haría, en efecto, cosa alguna digna de alabanza si no pudiera inclinarse a una y otra parte. Y así también lo declaran cuantos en cada región dictaron leyes oportunas con arreglo a la recta razón o filosofaron sobre materias morales, pues mandan hacer unas cosas y evitar otras. Estas mismas cosas prueban constantemente los estoicos cuando disputan acerca de las costumbres, por lo cual se ve fácilmente que al tratar de los príncipes y de las cosas incorporeales no van por buen camino. Porque si dicen que son obra del hado las cosas que se hacen por los hombres o afirman que Dios no es algo distinto de las cosas, que dan vueltas y cambian y siempre se resuelven en los mismos alimentos, según esto no podrían tener noción de cosa alguna que no esté sujeta a la corrupción, y por lo mismo constituían al parecer al mismo Dios, tanto considerado en parte como mirado en conjunto, en suma miseria y maldad. En otro caso tenían que decir que no hay vicio ni virtud, lo cual es contrario a toda sana razón, noción e inteligencia.

8. Mas como los estoicos, al menos en aquellas cosas que dijeron acerca de las costumbres, llegaron a discurrir rectamente, lo cual algunas veces sucede también con los poetas, porque la semilla de la razón está íntimamente adherida a todo el linaje humano, sabemos que los discípulos de esta doctrina fueron aborrecidos o muertos. Entre los que florecieron en nuestro tiempo hemos conocido a Heráclito, como ya se ha dicho, y a Musonco <sup>8</sup>. Trabajaron mucho los demonios y lograron a veces, como ya hemos demostrado, que los que de cualquier manera procuraban vivir según la razón del vicio fuesen aborrecidos. No debe, por consiguiente, extrañar que los que

intentan acomodar su vida no a una parte de la verdad diseminada, sino a la verdad plena que se desprende del conocimiento y de la contemplación de todo el Verbo, es decir, de Cristo, sean objeto de odios mucho mayores, odios concitados por los demonios, los cuales ciertamente pagarán las merecidas penas y los condignos suplicios, sumergidos en el fuego eterno<sup>9</sup>. Porque si ya [los demonios] son vencidos por los hombres en el nombre de Jesucristo, esto es un seguro indicio de que a ellos y a sus adoradores les aguarda el suplicio en el eterno fuego<sup>10</sup>. Así, en efecto, anunciaron los profetas que sucedería y lo enseñó nuestro maestro Jesús.

9. Mas para que no diga alguno lo mismo que dicen los que se consideran filósofos, a saber, que son vanos ruidos y metemiedos las cosas que decimos de los tormentos de los malos en el fuego eterno, y que nuestro fin es que los hombres sigan la verdad impulsados por el temor, y no por la hermosura de la misma virtud ni porque ésta les resulte grata, contestaré que, si esto no es verdad, o Dios no existe o, caso de existir, no tiene cuidado alguno de los hombres, ni la virtud y el vicio tienen realidad alguna, y que únicamente son castigados por los legisladores los que traspasan los mandatos principales. Pero como no son inicuos y como el Padre de los mismos [legisladores]<sup>11</sup> manda por su Verbo hacer las mismas cosas que El hace, inicuos son los que no obedecen a los mismos. Y si contra esto alega alguno las diversas clases de leyes humanas y añade que para unos son ciertos actos buenos y otros malos, pero que los que unos consideran como buenos son malos para otros y los que son buenos para aquéllos son malos para éstos, oye lo que vamos a decir respecto a este punto. Como sabemos que las leyes han sido acomodadas por los ángeles malos a la maldad de los mismos, y como con esas leyes se alegran los hombres semejantes a los demonios, tiene que venir la recta razón para demostrar que no todas las opiniones de los hombres ni todas las leyes son buenas, sino unas malas y otras buenas. Por lo cual diré a estos hombres las mismas cosas y otras semejantes y, si es preciso, disertaré más ampliamente sobre este asunto. Mas ahora vuelvo a mi propósito.

10. Es notorio, por tanto, que nuestras [creencias] son mucho más sublimes que toda doctrina humana, porque todo lo que pertenece al Verbo, todo eso es Cristo, que apareció por nosotros, a saber: cuerpo, Verbo y alma<sup>12</sup>. Porque todas las cosas que en todo tiempo pensaron o dijeron los filósofos y los legisladores, todas estas cosas

las conocieron porque de alguna manera descubrieron y consideraron al Verbo. Pero como no conocieron todas las cosas que son del Verbo, es decir, de Cristo, frecuentemente dijeron cosas contradictorias. Y los que, habiendo sido más antiguos que Cristo según la humana naturaleza, intentaron investigar [y aprobar] o rechazar por la razón cada una de las doctrinas, éstos fueron llevados a juicio como impíos y curiosos. De los cuales el más firme en este punto, Sócrates, fue acusado de los mismos crímenes que nosotros. Dijeron los demonios que él introducía novedades y que él no consideraba como dioses a los que la ciudad adoraba como tales. Y éste, ciertamente, al arrojar a Homero y a otros poetas de la ciudad, excitaba a los hombres a que se apartasen de los demonios, por los cuales fueron inventadas las cosas que los poetas escribieron. Y para que conociesen con el ejercicio de la razón a Dios, a quien desconocían, los exhortaba con estas palabras: “Ni es fácil encontrar al Padre y Creador de todas las cosas ni, si lo encuentras, es seguro predicarlo a todos”. Todo esto lo llevó a cabo nuestro Cristo con su propia potestad. Porque a Sócrates conoció hasta cierto punto (porque el Verbo lo penetraba y lo penetra todo, y por medio de los profetas predijo las cosas futuras, y por sí mismo enseñó en nuestra naturaleza humana su doctrina), a Cristo, lo sigo, no solamente, creyeron los filósofos y los hombres literatos, sino también los obreros y las personas completamente ignorantes, los cuales despreciaron la gloria, el miedo y la muerte; bien es verdad que hace esto la inenarrable virtud del Padre, no los recursos de la razón humana.

14. Mas no seríamos muertos ni los hombres perversos y los demonios serían superiores a nosotros si todo hombre que es engendrado [y nace] no tuviera como necesidad indeclinable y como ley suprema la muerte. Por lo mismo, cuando pagamos esta deuda, damos gracias. Mas ahora, contra Crescente y contra los que repiten las mismas necesidades que él, juzgo que es excelente y oportuno alegar aquel dicho en Jenofonte. Escribe, en efecto, Jenofonte que Hércules, caminando por cierta encrucijada, se encontró con la Virtud y el Vicio, que se le aparecieron en forma de mujeres, y que ésta, ciertamente con vestido muelle y apto para [provocar] amores y con rostro que estos adornos hacían florido, y con ojos prontos para el halago, le habló en esta forma, a saber: que si la siguiese haría que viviese perpetuamente alegre y hermoso, con el mismo esplendísimo ornato que ella llevaba. Añade que la Virtud, con rostro escuálido y [pobre]



vestidura, le dijo: "Si te rindes a mí no te adornarás con elegancia y brillo caduco y perecedero, sino con excelsos y eternos ornamentos." Por tanto, todo aquel que huye de las cosas que parecen bellas y sigue las que consideran duras y apartadas de la razón, éste, según nuestra convicción firme, que tenemos por absolutamente cierta, conseguirá la vida bienaventurada. Porque el vicio, después que con sus acciones muestra como una corteza exterior las cosas propias de la virtud y verdaderamente buenas, con la imitación de las cosas incorruptibles (porque nada incorruptible puede tener ni hacer) reduce a servidumbre a los hombres pegados a la tierra, atribuyendo a la virtud los males que son inherentes al mismo [vicio]. Mas los que conocen los bienes verdaderos y en manera alguna fingidos, éstos [vienen a ser] incorruptibles gracias a la virtud. Y esto, puesto en práctica por los cristianos y los atletas y cuantos hicieron cosas como las que los poetas atribuyen a aquellos que por error de los hombres son venerados como dioses, no deben considerarse absurdo por el solo argumento de que despreciamos la muerte, que de suyo parece digna de que huyamos de ella.

12. Y yo mismo, cuando me deleitaba con la doctrina de Platón y oía hablar de los crímenes que se imputaban a los cristianos, pero les veía acercarse impávidos a la muerte y a las demás cosas que parecen temibles a los hombres, comprendía que era imposible que aquellos hombres viviesen en la maldad y en el amor de los placeres. Porque el lujurioso y el intemperante y el que cuenta entre las cosas buenas los banquetes en que se sirven carnes humanas, ¿cómo puede abrazar la muerte, que le ha de privar de todos estos bienes? ¿Cómo no ha de preferir el permanecer constantemente en esta vida? ¿Cómo no ha de procurar ocultar sus crímenes al magistrado y no presentarse espontáneamente al magistrado para ser condenado a muerte? Y algunos hombres perversos, impulsados por los malos demonios, llegaron a perpetrar un crimen horrible. Porque como eran muertos algunos como reos de los crímenes que se nos imputaban, arrebataron a nuestros siervos, niños unos y mujercillas otras, para que fuesen atormentados, y con horribles suplicios le obligaron a declarar aquellos fabulosos crímenes que abiertamente y a la luz del día cometen ellos [los acusadores]. Y como estas cosas están tan lejos de nosotros, nos preocupamos poco de las acusaciones, puesto que tenemos a Dios Ingénito e Inefable como testigo de nuestros pensamientos y de nuestras acciones. ¿Qué motivo hay para que no reconozcamos pública-

mente que todas estas cosas –los supuestos crímenes– se realizan rectamente y demostremos que son una divina filosofía, [para lo cual nos bastaría] decir que cuando matamos a un hombre celebramos los misterios de Saturno y que mientras nos llenamos de sangre, como vulgarmente dicen, realizamos una ceremonia semejante a la vuestra, a la que consagráis a un ídolo que no mojáis solamente con la sangre de los ganados, sino también con sangre de hombres, libando la sangre de los hombres degollados un varón entre vosotros nobilísimo y distinguidísimo, y que igualmente somos imitadores de Júpiter y de otros [dioses] mientras nos revolvemos deshonestamente con los niños, a los cuales corrompemos, y en la promiscua unión carnal con las mujeres, buscando además amparo en las obras de Epicuro y de los poetas? Mas porque aconsejamos huir de tales prácticas y de los autores e imitadores de estos crímenes, y esto mismo defendemos ahora también en el presente discurso, somos atacados de diversas maneras. Pero no hacemos caso de ello porque sabemos que dios, justo, lo ve todo <sup>13</sup>. Ojalá hoy clamase alguno con voz trágica desde un lugar superior: “Avergonzaos de atribuir a hombres inocentes las cosas que vosotros hacéis públicamente y de reprochar las cosas que están íntimamente unidas a vosotros y a vuestros dioses a hombres a los cuales esas cosas no alcanzan en manera alguna. Convertíos, arrepentíos”.

13. Viendo, pues, yo la perversa envoltura en que los malos demonios habían envuelto la divina doctrina de los cristianos para aterrar a otros hombres y viendo también a los autores de semejantes mentiras, me burlé de esa envoltura y de la opinión popular, y considero el mayor elogio el que me tengan por [buen] cristiano y con todo empeño lucho para llegar a serlo. Y no porque sean contrarias a Cristo las doctrinas de Platón, sino porque no son del todo semejantes, como también lo son las de otros, por ejemplo, estoicos, poetas e historiadores. Cada uno, en efecto, habló bien cuando veía una parte de la razón divina diseminada, con la cual se compenetraba perfectamente. Mas los que consigo mismo estuvieron en contradicción en cosas gravísimas, éstos no han alcanzado, al parecer, ni una doctrina más alta [que los demás] ni un conocimiento, que no pueda ser rechazado. Así, pues, cuantas cosas han dicho con acierto por otros nos pertenece a nosotros, cristianos. Porque adoramos y amamos después de Dios al Verbo, que ha nacido del ingénito e inefable Dios <sup>14</sup>, puesto que por nosotros se hizo hombre, para que participando de nuestras miserias

pusiera remedio a las mismas. Porque todos los escritores pudieron ver por la semilla de la razón, íntimamente inherente a los mismos, la verdad, pero con alguna oscuridad. Una cosa es, en efecto, la semilla de alguno y la imitación concedida según las fuerzas [del sujeto], y otra distinta aquello mismo cuya comunicación e imitación se concede por gracia del mismo <sup>15</sup>.

14. Os rogamos, pues, con este memorial que deis publicidad a este libelo, poniendo al pie del mismo lo que os parezca mejor, para que los demás conozcan nuestras cosas y los hombres lleguen al conocimiento de estas cosas y puedan quedar libres de sus errores y de la ignorancia en que están de cosas muy excelentes. Estos, ciertamente por su culpa, se muestran sujetos a los suplicios, porque está inherente a la naturaleza humana la facultad de distinguir lo honesto y lo torpe, y, además, mientras nos condenan a nosotros, acusándonos de los torpes crímenes que proclaman, y sin embargo, honran a los dioses que cometieron pecados semejantes a éstos y aun hoy exigen de los hombres cosas semejantes, pronuncian sentencia contra sí mismos, ya que nos imponen la muerte, la cárcel o alguna otra pena muy grave, como si fuéramos reos de tales crímenes; no se necesitan, por consiguiente, otros jueces [para condenarlos].

15. Desprecie también la impía doctrina de Simón, llena además de error, aunque divulgada entre mis compatriotas los samaritanos. Y si vuestra autoridad se incorporase a este libelo, lo exponremos en forma tal que todos lo puedan ver para que, si es posible, se conviertan. Este es el único fin que al escribir esta oración nos propusimos. Nuestras instituciones no tienen nada de malo si se juzgan con rectitud, antes al contrario, son más sublimes que toda filosofía. Por lo menos son ciertamente muy distintas de las de los sotudeos, filenídeos, bailarines, epicúreos y de otras instituciones, las cuales, presentadas en escena, pueden todos ver, y escritas, pueden todos leer. Y hecho ya aquello que estaba en nuestra mano, terminamos suplicando que todos los hombres en todas partes se hagan dignos de conocer la verdad. Ojalá vosotros, como corresponde a la piedad y a la filosofía, dictéis sentencia justa en vuestra misma causa.



## NOTAS

1. Más que por los cristianos, esta segunda Apología está escrita para los gentiles, y así lo dice San Justino porque quiere traerles al conocimiento de la verdad. Aunque sean los gentiles ingratos y crueles con los cristianos, éstos no pueden menos de considerarlos y tratarlos como hermanos. Este primer párrafo de la Apología resulta largo y complicado. Algunos han creído que faltan palabras para completar el sentido y trabar bien las oraciones dispersas. De acuerdo con Marón he añadido unas pocas palabras y, para hacer más claro el pensamiento, he dividido el largo párrafo en tres. El pensamiento fundamental es que los malvados y los demonios son los instigadores de las persecuciones contra los cristianos. Y como precisamente ha de tomar pie San Justino de un marido indigno, que, invitado al arrepentimiento por su mujer cristiana, no quiso cambiar de vida, sino encenagarse más en el vicio, y, repudiado por su mujer con tal motivo, la acusó de ser cristiana, por eso, generalizando el hecho, comienza diciendo que los que han sido corregidos por sus parientes o amigos les acusan luego de ser cristianos si realmente lo son. Con este espíritu de rencor y de venganza obraban los paganos; solamente los seguidores de Cristo estaban lejos de ese ruin espíritu de venganza. Era, sin duda, frecuente que los cristianos fueran acusados por parientes, amigos o vecinos.

2. Urbico era, al parecer, Quinto Lollio Urbico y desempeñara el cargo de pretor urbano. Se ve que aunque la Apología va dedicada al Senado se dirige perfectamente al emperador. El pío emperador de quien aquí se habla era, sin duda, Marco Aurelio, pues ya había muerto Antonino Pío cuando se escribió esta segunda Apología; el filósofo hijo de César es Lucio Vero, asociado al Imperio. Extraña algo la tenacidad de San Justino en llamar filósofo a este hombre sin relieve.

3. San Justino opina equivocadamente que los ángeles tuvieron trato carnal con las mujeres y que de este trato carnal nacieron los demonios. Débese este error a una interpretación equivocada de lo que en el capítulo VI del Génesis se dice respecto a la unión de los hijos de Dios (setitas) con los hijos de los hombres (cainitas). Verdad es que de tal unión nacieron no los demonios, sino los gigantes. Y supone San Justino que estas generaciones de los ángeles se convirtieron por los politeístas en generaciones de los dioses.

4. Supone San Justino que en el que pone nombre tiene que existir antes que la cosa a la cual se lo pone.

5. La doctrina de San Justino sobre el Verbo es perfectamente compatible con la fe de Nicea. El Verbo existía en el seno del Padre antes de la creación del mundo. Como Verbo y como Hijo de Dios fue ungido, porque es el esplendor de la gloria del Padre, figura de su sustancia y luz de luz. El pensamiento católico posterior ha prescindido de esta unción y no considera sino la que Cristo recibió en cuanto hombres, mas no por eso encerraba aquella doctrina peligro alguno.

6. Claro es que el fin del mundo no destruye los demonios ni los hombres perversos; mas ya éstos, reducidos a la impotencia absoluta, no molestarán a los buenos.

7. San Justino cree que el mundo se conserva por los cristianos, pues de no ser por éstos ya lo habría destruido la justicia de Dios. Así lo dicen también el autor de la epístola a Diogneto y otros apologistas.

8. Gran honor es éste para los estoicos, y es lástima que su virtud no tuviese un fundamento más sólido y un carácter más humano. Hubo muchos Musoncos; pero aquí se alude, al parecer, a Musonco Tyrrheno, filósofo estoico, que, según Suidas, fue muerto por Nerón. Es raro que San Justino no cite también a Séneca.

9. Los gentiles, aun los más ilustres, no conocieron la verdad moral y religiosa sino a media, ni cumplieron la ley natural sino con imperfecciones y desmayos; sin embargo, se ganaron el odio de los perversos, hombres y demonios. ¡Cuánto más se han de ganar ese odio los que por Cristo conocen toda la verdad moral y religiosa y cumplen exactamente la ley natural y la sobrenatural!

10. Los que arrojaban a los demonios de los cuerpos de los poseídos indicaban con ello que éstos estaban castigados; además, al expulsarlos, solían enviarlos al fuego del infierno.

11. Dios es el Padre de todos los legisladores: de El reciben éstos su autoridad. Y la ley eterna de Dios es la fuente de todas las leyes humanas. He ahí el pensamiento de San Justino.

12. Cristo, Dios y hombre verdadero, tiene la naturaleza y la humana y nada puede faltarle de una ni de otra; por tanto, Cristo es Verbo, alma y cuerpo humano.

13. San Justino echa en cara a los paganos que practican o consienten que se haga en público lo que censuran en los cristianos como iniquidad monstruosa. Realmente los sacrificios humanos no se habían acabado de todo en el Imperio. En Cartago, que imitó en este punto y superó a Tiro, nunca faltaron sacrificios humanos. El procónsul Tiberio ahorcó en Cartago a muchos sacerdotes de estos nefandos cultos, pero no pudo acabar del todo con los sacrificios humanos. Y San Justino alude al culto de Júpiter Lacial, en el cual se inmolaban hombres en la misma Roma. Abominables eran los sacrificios humanos; pero esta fea mancha reacia únicamente sobre los paganos, no sobre los cristianos, a quienes horrorizaba. San Justino argumenta diciendo que si los cristianos hicieran las maldades que se les atribuían hubiera podido excusarse con el ejemplo y con las creencias religiosas de los paganos. Saturno devoraba sus propios hijos, Júpiter predicaba las mayores liviandades, Epicuro y otros filósofos las autorizaban; no les hubiera faltado, pues, excusa.

14. Opinan algunos que San Justino enseña claramente en este lugar la subordinación del Hijo de Dios al Padre, porque el verdadero Dios es ingénito e inefable y, sin embargo, el Hijo es engendrado. Además, el Verbo es adorado μετὰ τὸν θεόν, es decir, después de Dios, o en segunda lugar, y con adoración parecida a la de Dios. Sin embargo, el ser ingénito puede corresponder a Dios por razón de la naturaleza y por razón de la persona: en el primer sentido corresponde igualmente al Padre y al Hijo; en el segundo es exclusivo del Padre. Y aunque la frase μετὰ τὸν θεόν es dura, no expresa necesariamente subordinación, porque si bien San Justino coloca siempre al Verbo en segundo lugar y al Espíritu Santo en tercero, lo cierto es que nunca los une con las cosas creadas, sino siempre con el Padre.

15. Los paganos, como varias veces indica San Justino, no conocieron sino un poco de la luz divina del Verbo, en tanto que los cristianos, conocen ampliamente al Verbo y lo poseen en sus almas; de ahí la diferencia entre unos y otros por lo que hace al conocimiento de la verdad religiosa.

## INDICE

Introducción .....	3
Primera Apología de Justino en favor de los cristianos, dirigida a Antonino Pío .....	35
Verdad y divinidad del Cristianismo .....	59
Los misterios cristianos .....	85
Apología segunda del mismo Justino en favor de los cristianos, dirigida al Senado romano .....	105